

UNIVERSO ILUSTRADO

LITERATURA — CIENCIAS — ARTES

AÑO I

§ Barcelona 4 Agosto de 1890 §

NÚM. 8



JUGANDO CON EL GATO, POR J. CLARK.

REVISTA GENERAL

Al tratado Anglo-Alemán ha sucedido el tratado Franco-Inglés. Aquel fué fruto de la espontaneidad de ambas naciones contratantes; y por lo tanto expresa la idea política dominante en ellas; el segundo es hijo de las exigencias diplomáticas, siempre atendibles entre Estados, que á lo menos conservan en su superficie la paz. Otra diferencia esencial entre ambos tratados es la de que por el primero, Alemania obtiene posesiones nuevas, y por el segundo, la Francia sólo obtendrá el reconocimiento de algo de lo que ya desde mucho tiempo posee. En este punto puede estar completamente libre de vanidad el gabinete del Eliseo. Lo exacto, lo indiscutible es, que la Europa proyecta y acuerda cosas muy trascendentales sin contar con la Francia.

En el presente período no se oyen amenazas espeluznantes de próxima guerra; no se suceden aquellos ruidosos hechos, que exigían explicaciones diplomáticas, cuya rotunda negativa hubiera podido ser la chispa inflamada, explotadora del volcán. Al contrario, el rostro de Europa es pacífico. Los viajes continuados de Guillermo II difunden en todas partes seguridades de amistad; el emperador se asemeja al diácono del universo, ocupado en llevar el ósculo de la paz á todos los estados. Pero, la paz de los labios ¿está por ventura en el corazón? Este afán de hablar de paz es una expresión fiel de los temores y de los motivos existentes de guerra. Si la paz estuviera garantida, ¿qué razón tendrían los formidables ejércitos que hoy permanecen arma al brazo?

Ninguna de las cuestiones que hacían temible la guerra un año atrás, ha sido resuelta; todas continúan planteadas con tinta roja.

Francia tiene á la vista contra Alemania la cuestión de la Alsacia y la Lorena, y contra Inglaterra la cuestión de Egipto y contra Italia la cuestión de la ingratitud; Italia tiene contra Austria la cuestión del Tridento, y contra Francia la cuestión de Niza y Saboya; Austria tiene contra Rusia la formidable cuestión de Oriente, que es en el fondo la de la soberanía de Europa desde Constantinopla, cuestión trascendental para ella, pues el Santo Imperio sin la silla de Constantino, carece de razón de ser; Rusia tiene contra Inglaterra la cuestión de la India y sus derivadas, que son tantas que casi la transforman en cuestión general; y contra Alemania la cuestión de la rivalidad de poder y de fuerza; y contra la Francia la cuestión de la victoria por la que la venció y de la resistencia que ésta ha puesto en inclinar su frente y morir; mientras existan estas cuestiones, la paz será ilusoria y el estallido de la guerra dependerá de la más insignificante circunstancia.

La embrollada situación de la Bulgaria mantiene el sobresalto en el espíritu de los políticos observadores. El Austria y la Rusia han escogido aquella reducida nación por campo donde medir la respectiva influencia moral. Dos corrientes poderosas agitan con vehemencia los elementos de aquel pueblo. La tirantez, cada día más decisiva de las relaciones de ambos partidos anuncia para un plazo corto un conflicto, que puede ser trascendental.

En Italia decrece visiblemente la estrella de Crispi. Su política nebulosa descontenta á los hombres de convicciones decididas, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan. Para obtener la corona del éxito es preciso al político que quiera reproducir la figura de Maquiavelo, tenga sus grandezas á la vez que sus pasiones. Crispi tiene el egoísmo de Maquiavelo sin la generosidad de su espíritu. Sus dos aliados le dominan en la majestad de los procedimientos, y hasta ahora, no ha logrado aparecer como uno de los tres astros, sino como el satélite de los dos. La Italia empieza á preguntarse si acaso se le reserva el papel de potencia de las grandes aventuras. Cuando el pueblo se decide á calcular por sí mismo el valor de los sacrificios ciertos que le exige y el de las ventajas dudosas que puede proporcionarle determinada política, acostumbra á obtener por especial instinto el conocimiento exacto de su situación. Entonces los hombres que han tratado ligeramente sus graves intereses están definitivamente perdidos. Crispi ha uncido su nación al soberbio carro de dos potencias, rivales por naturaleza del engrandecimiento de Italia; ésta empieza á advertirlo y se pregunta: ¿á dónde se nos conduce?

Las elecciones de un diputado por Roma, ganadas en segunda votación por el gobierno, gracias á una insignificante mayoría, son advertencia elocuente de que la nación observa.

España sufre dos contrariedades. Algunas de sus provincias se hallan afligidas por una epidemia calificada de cólera morbo-asiático, que asalta á pocos individuos y mata á muchos de los que asalta. El espíritu de caridad, proverbial en nuestra tierra y el progreso científico, han perfeccionado el tratamiento de los individuos y de las colectividades asaltadas. Indudablemente las costumbres se educan. Aparte de algunos hechos que son reminiscencia del antiguo rudimentarismo popular, se nota mayor sumisión á las prevenciones facultativas, más obediencia á las órdenes gubernamentales y menos azoramiento ante el monstruo devorador. El clero, la medicina y las autoridades han demostrado que están prontos al sacrificio en aras del cumplimiento del deber. Otra calamidad es la continuación de las huelgas en las regiones más consagradas á la actividad industrial. Y son éstas tan perjudiciales á la industria y al pueblo trabajador, que es indudable que vienen promovidas por agentes de ideas que nada tienen que ver con la ciencia económica y á quienes lo que menos interesa es el bienestar de los que según dicen representan. La cuestión es más extranjera que nacional; aquí más se agita el extranjerismo que el socialismo. En la actual agitación se notan nebulosidades, que el pueblo empieza á observar. Ilumínele Dios para que comprenda sus verdaderos intereses y se resista á ser juguete de sus temibles adversarios.—E. M. V.



DR. JUAREZ CELMAN

EXPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA



NUESTROS GRABADOS

Jugando con el gato.

El dibujo de Clark reproducido en la primera página de este número, representa las dos edades más afines de la vida, la infancia y la vejez.

¡Quién pudiera gozar jugando con el gato, como gozábamos cuando teníamos la misma edad que esos encantadores niños representan! Y quién sabrá si llegaremos como esa dichosa abuelita á suspender la tarea para embalsarnos en tan primitivo juego!

No sabemos quien ha dicho que la vejez era una segunda infancia. Pero ese aserto hijo de la observación, encierra un secreto, el de que la infancia todo expansión, todo alegría, no piensa en otra cosa más que en la distracción del momento, cuya dicha embarga el ánimo, tan por completo, que para la niñez no existe nada en el mundo más que el juguete que la arroba.

Y la vejez, si efectivamente se distrae con esos inocentes juegos y goza, es por relación, es más bien porque ve gozar á los demás con embriagadora alegría, con ese puro goce que en ella, levanta siempre un recuerdo, y la sonrisa que asoma en los envejecidos labios si no es triste, tampoco es alegre.

La sonrisa de la niñez es sol esplendente que ilumina un mundo en formación. La de la vejez es pálida luna que

ilumina un mundo en ruinas. Es una sonrisa especial, que va siempre acompañada de un suspiro.

El goce relativo que experimenta la vejez, no puede ya embargar por completo un corazón mustio, cansado, frío como la nieve que cubre la cabeza, tan lleno de decepciones, como de arrugas la tez.

Por lo demás, todos hemos jugado con el gato, pero no sabemos si todos volveremos á jugar.

Nosotros os deseamos ¡oh lectores! que otro Clark os presente rodeado por vuestros nietecillos y con la plácida sonrisa con que aquél ha dibujado á la abuelita de la lámina.

Dr. Juárez Celman, expresidente de la República Argentina.

Tan llevado y traído en estos últimos días ha sido el nombre de Juárez Celman, que cuanto pudiera decirse de él sería una repetición, á la par de enojosa y cansada, fuera de oportunidad.

La dirección del UNIVERSO ILUSTRADO al dar á sus suscriptores el retrato de tan importante hombre público, sólo es con el fin de que, así como los de otras ilustraciones, los de ésta no carezcan de él.

Por lo demás, diremos solamente que el expresidente Celman ha estado sumamente reacio en abandonar la presidencia; quería continuar en su puesto al amparo de lo prescrito por la constitución y se negaba á presentar la dimisión á pesar de que veía agitarse cada día más y más la Capital de la República, y á pesar de que la tempestad arriaba hasta el punto de temerse un atentado contra su vida.

La situación del país no podía ser más angustiosa, los mercados desiertos, un estacionamiento y un mal-estar generales, llegando el día 2 del actual el oro á 302 por 100.

Sin embargo, sí, como aseguraba Celman, su persistencia en no abandonar el poder era por patriotismo, si era como manifestaba, para dar prestigio á la autoridad del presidente que no debe acceder jamás á deseos turbulentos, ni mucho menos dejar la dirección de un país tan violentamente sacudido como el argentino en manos del primer advenedizo; merece su conducta durante ese período revolucionario más bien el aplauso que la censura.

Hombre de gran temple, no podía avenirse tampoco por carácter propio á dejarse imponer por las multitudes; de ahí la laboriosidad de la crisis que al fin ha dado por resultado el deponer la presidencia en manos del simpático doctor y bravo general Pellegrini.

Dr. Carlos Pellegrini, actual presidente de la República Argentina.

Haciendo referencia á los móviles que hemos indicado al tratar de Juárez Celman, damos también el retrato del actual presidente de la Argentina, doctor Carlos Pellegrini.

El nuevo presidente lleva más de treinta años de relevantes servicios en el ejército de aquella república. Reuniendo excelentes dotes como general, es, á la vez, un orador notable y un publicista distinguidísimo.

Como particular, es un hombre muy simpático, de excelente trato, de vastísima instrucción, de elevado talento y muy joven todavía, puesto que sólo cuenta 40 años de edad. Carece de ambición personal, por cuyo motivo no ha sido jamás, ni es, jefe de partido político alguno. Ardiente patriota solamente, sus escritos y sus palabras han sido inspirados siempre en el bien y en la prosperidad de su país.

Ha sido representante de la Argentina, en Inglaterra, y en la última exposición de París, figuró al frente de la comisión que desde aquella república pasó á la otra república vecina nuestra.

España le debe gratitud, por la protección que ha dispensado á cuantos han emigrado recomendados á su generosa influencia, que han sido muchos, pues cuenta aquí con numerosos amigos.

Un casamiento de la edad media.

Los poetas nos hablan de la *edad de oro*: reinando Saturno, dicen que sólo había inocencia en la tierra, abundancia sin trabajo y ventura por todas partes. ¡Feliz edad!

Nos aseguran que siguió la *edad de plata*: Saturno fué arrojado del cielo por Júpiter porque la inocencia había desaparecido ya de la tierra, siendo preciso cultivarla é inventar las artes.

Luego la *edad de bronce*, cuando Saturno condenado á vivir en la tierra, la abandonó. Entonces con la propiedad individual, aparecieron la codicia, las malas pasiones y el azote peor que pudieran promover los hombres, la guerra.

Y finalmente, la *edad de hierro*, cuando la Justicia, As-trea, asustada por el desbordamiento de los crímenes, volvió á subir á los cielos.

Esos ciclos y edades mitológicas podrían hacer las delicias de la *edad media*, pero hoy esas ficciones poéticas una vez conocidas en los bancos de las aulas, pasan para no volver jamás á la imaginación activa de nuestras generaciones que sabe que realmente la *edad del mundo*, es el tiempo transcurrido desde su formación hasta nuestros días, comprendiendo la *edad antigua*; el transcurso de años que median desde la creación del mundo hasta la irrupción de los bárbaros en el siglo v; la *edad media*, el período de la historia universal que abraza desde la muerte de Teodosio el Grande (395), á la toma de Constantinopla (1453); y la *edad moderna*, el lapso de tiempo que contamos desde ese último acontecimiento, hasta nuestros días.

Los casamientos que en todas épocas ó *edades* han sido siempre motivo de alegría (bailoteos, comilonas y algazaras), revistieron en la edad media el carácter de fiesta cívica cuando lo contraían cierta clase de personajes, variando el ceremonial (exterioridades imprescindibles en dicho tiempo) según su jerarquía ó mayor ó menor grado de posición y nobleza con relación al rey.

Despachos interceptados.

Las guerras que agitaban el país de Gales desde 1645 á 1651, daban lugar á frecuentes escenas como la que el lápiz de Seymour nos da á conocer al dibujar magistralmente esa violación de la correspondencia, esos despachos interceptados con la detención del portador, sin duda uno de los emisarios del desventurado Carlos I, á quien entregaron los escoceses, apoderándose de él, Cromwell, en Holmby.

La avidez con que son leídos dichos despachos á presencia del propio emisario, que atado sólidamente de pies y manos en un sillón, en vano forcejea para desatarse, indican cuan interesantes deben ser y tal vez á ellos se debiera que el coronel Hammoud pudiese arrestar al rey en la isla de Wight.

El alma de los acontecimientos de aquella época que dieron lugar á la muerte de Carlos I fué Cromwell y es demasiado interesante esa figura histórica para que dejemos de decir algo de ella, aunque no sea más que sucintamente:

Oliverio Cromwell, lord protector de Inglaterra más tarde, nació en 1599 y murió en 1658. En 1627 fué nombrado miembro de la Cámara de los Comunes.

Cuando Carlos I se decidió á gobernar sin parlamento, Oliverio se retiró consagrándose sólo á la administración de sus bienes, pero cuando se reunió el *Parlamento Largo*, figuró entre los enemigos de la monarquía y tomó una parte muy activa en la guerra que sobrevino.

Desde 1642, Cromwell organizó quince escuadrones de puritanos, en su mayor parte labriegos, sujetándolos á la más severa disciplina y sus cotas de *mallá de hierro* contribuyeron, sin duda alguna, á las victorias que alcanzó en Newburg y Marston-Moor (1644).

El acta de la *renuncia propia* despojó del mando del ejército á los presbiterianos del parlamento, para ponerlo en manos de los *independientes*, á cuya cabeza figuraba Cromwell.

La suerte, amiga siempre de los atrevidos, le favoreció en los combates y el triunfo alcanzado en Nasebi el 4 de junio de 1645 consolidó su autoridad.

Cuando Carlos fué entregado por los escoceses, Cromwell se apoderó de él en Holmby y así evitó que el *parlamento* entablara negociación alguna. Luego el mismo Oliverio las entabló personal y directamente con el rey, rompiéndolas, empero, bruscamente, por convenirle así á sus ulteriores propósitos.

Reanudadas las hostilidades derrotó á los realistas del país de Gales y á los escoceses en Preston, Warrington y Vigana. Carlos favorecido por sus partidarios se evadió de Hamptoncourt y pasó á la isla de Wight, en donde, como antes hemos indicado, lo arrestó el coronel Hammoud, partidario decidido de Cromwell.

Este lo hizo conducir prisionero á White-Hall, donde se instaló constituyendo inmediatamente el tribunal que condenó á muerte á Carlos I.

Derrotó más tarde á Carlos II, hijo y sucesor del anterior, en Worcester y después de disolver el parlamento y formar otro nuevo que también se disolvió por sí mismo, concluyó por hacerse proclamar *Lord Protector de la República* por el Consejo de Oficiales, tomando el título de alteza con la prerrogativas reales.

Cromwell fué más temido que amado y aunque Inglaterra le debe su poderío, jamás ha erigido un monumento á su memoria; la sombra del decapitado rey, la ha hecho odiosa á la misma nacionalidad que el fundó.

Casa de Agripa.

(DÍA DE AUDIENCIA, POR ALMA-TADEMA)

El dibujo del renombrado Alma-Tadema representa la casa de Agripa en un día de audiencia y á éste descendiendo gravemente las anchurosas gradas de aquel célebre vestíbulo.

Agripa que murió doce años antes de la era cristiana, fué educado con Octavio, de quien llegó á ser el mejor general y á quien debió las victorias navales de Nauoque y Accio.

Participó con Mecenas de la confianza del primer emperador, fué tres veces cónsul, dos tribuno y una censor.

Embellació á Roma mandando construir templos, monumentos, acueductos, caminos públicos y otros edificios, entre los que sobresale el renombrado panteón.

Repudió á Marcela, sobrina del príncipe, para casarse con Julia, de la que tuvo tres hijos: Cayo, Lucio y Agripa (póstumo) y dos hijas: Julia y Agripina. Esta fué más tarde esposa de Tiberio, quien aunque la quería en extremo, muerto Agripa, se vió obligado á repudiarla para casarse con su viuda, la citada Julia.

Agripa venció á los cántabros, á los germanos y á los panonios, y cuando Augusto le destinaba probablemente para el imperio, le sorprendió la muerte, siendo sentido y llorado no sólo por Augusto, sino por los romanos todos que perdieron en él al hombre más honrado, al general más afamado y al patricio más excelente y más esclarecido de Roma.

Su hijo, Agripa, llamado el *Joven* ó el *Póstumo*, por ha-

ber nacido seguida la muerte de su padre, fué adoptado por Augusto, que le dió la toga viril á los diez y siete años; desterrado más tarde á la Campania y más adelante á la isla Planasia como reo de estado, fué muerto después por orden de Tiberio, cuando sólo contaba veintiséis años de edad—C.

LA MORALIDAD (1)

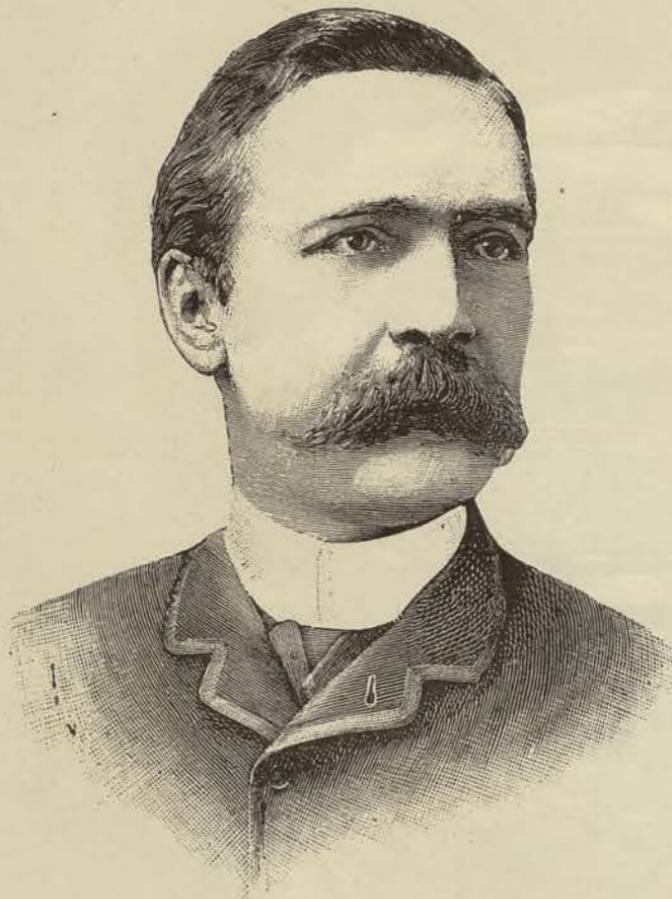
II



INFLAMA los ánimos la pasión doctrinal, sea filosófica ó religiosa. Corresponde á la insaciable curiosidad de saber y conocer, á la sed ardiente de lo incomprendible y desconocido, al deseo sin límites de sondear lo insondable, de ver lo invisible, de explicar lo que no se comprende.

En cambio, se cuida muy poco de tener moralidad, de ser virtuoso y de pasar por tal.

¿Se oponen á las grandes virtudes cívicas las infracciones de la moral? ¿Se oponen al desenvolvimiento del genio? ¿Se tiene en cuenta la moralidad de Alejandro, de César, de Pedro el Grande? ¿No se les proclama grandes hombres?



DR. CARLOS PELLEGRINI

ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

¿Les han privado sus relajadas costumbres de prestar inmensos servicios á la humanidad? ¿No han desarrollado la civilización, las ciencias, las artes? ¿No se admiran los siglos de sus hazañas y empresas? ¿Y no los admiramos nosotros mismos?

Luego nos dejamos deslumbrar por el brillo, la ostentación, el estruendo, y no consideramos la moral más que como una cosa secundaria y subalterna. Se ha hecho degenerar la palabra virtud de su etimología que quiere decir fuerza, *vir*, *virtus*, y se ha dado en patrimonio á los débiles y humildes... Estos son los obligados á tener virtud.

A medida que examinamos al individuo bajando en importancia social, vemos que se le exige mayor suma de virtudes. El conde de Almaviva dice á Figaro:

«— Recuerdo que cuando estabas á mi servicio eras una mala pieza, perezoso, desordenado...»

— ¡Oh! — replica Figaro, — con las virtudes que se exigen á un criado, ¿conoce Su Excelencia muchos amos dignos de ser criados?»

Por ello todas las personas sobre las cuales se ejerce cierta tutela, todas las que no gozan de entera emancipación, están sometidas á deberes más rigurosos: la virtud hasta aquí no es más que un signo de esclavitud, como si en nuestro pensa-

miento no cupiera la idea de que la virtud puede hermanarse con el genio, la ciencia y la fuerza. Pero, como vemos, la virtud la consideramos indispensable únicamente cuando faltan una de estas tres circunstancias.

En las fábulas la vemos constantemente representada bajo las formas del *cordero*, de la *oveja*, del *asno*, de la *cigüeña*. Los vencedores, los poderosos, los astutos se ven figurados en el *león*, el *lobo*, la *zorra*. Las víctimas no ofrecen más que credulidad y sandez, en tanto que los explotadores de ellas demuestran habilidad y talento.

¿Cómo queréis, hablando de buena fe, que el niño que recita tales fábulas se apasione en favor del cordero, del asno ó de la oveja? No serán para éstos sus simpatías; todo lo más, por un resto de sensibilidad, censurará las iniquidades del león, del lobo ó de la zorra; pero admirará su fuerza, porque la pujanza donde quiera que se manifiesta, nos fascina y deslumbra siempre; admirará su vigor, admirará su astucia.

En el teatro se nos ofrece la virtud bajo dos formas: la del joven bondadoso y recto, y la de la inocente y cándida doncella. Los autores dramáticos no saben pintarnos al primero sin darle los colores más pobres del espíritu y de la inteligencia. Es un sencillo, un bendito del que abusa todo el mundo, como si no fuera posible concebir un personaje virtuoso sin ser tonto.

Hay que describir en cambio el papel del calavera; ya es otra cuestión; éste, aunque generalmente en la vida es un necio audaz, en el teatro se nos presenta agudo, ingenioso, sutil, con chispeantes frases, vestido con elegancia, planchado, charolado, perfumado y enguantado. Aunque en el desenlace, en la escena final, el autor, recordando que debe premiar la virtud y castigar al vicio, tenga la complacencia de dar la razón al joven bueno y quede vencido el deslumbrante tronera, ¿qué joven espectador se propondrá imitar la conducta del primero y abominar de la del segundo? Ni uno solo, mientras no tenga linfa sola dentro de las venas en vez de sangre.

En cuanto á la inocente doncella enamorada de un joven de bellas prendas, siempre la vemos en el teatro representada como una mojigata ó como una estúpida. Ahora, la que siendo de aviesos sentimientos pretende usurpar el amante á la inocente, ya es otra cosa; también ésta ha de ser elegante en el vestir, coqueta en sus palabras y ademanes, sagaz, ladina, burlona, discreta y vivaracha.

Ninguna joven se propondrá por modelo á la primera; la mejor se dirá: «Porque es tan tonta. Bien merecía haber perdido el novio.»

¿Cómo no, si los moralistas dramaturgos se esfuerzan en presentarnos la virtud modesta siempre ó mejor dicho humilde y humillante, y el vicio deslumbrador, victorioso y simpático, hasta quizás en el momento mismo de ser derrotado por la virtud?

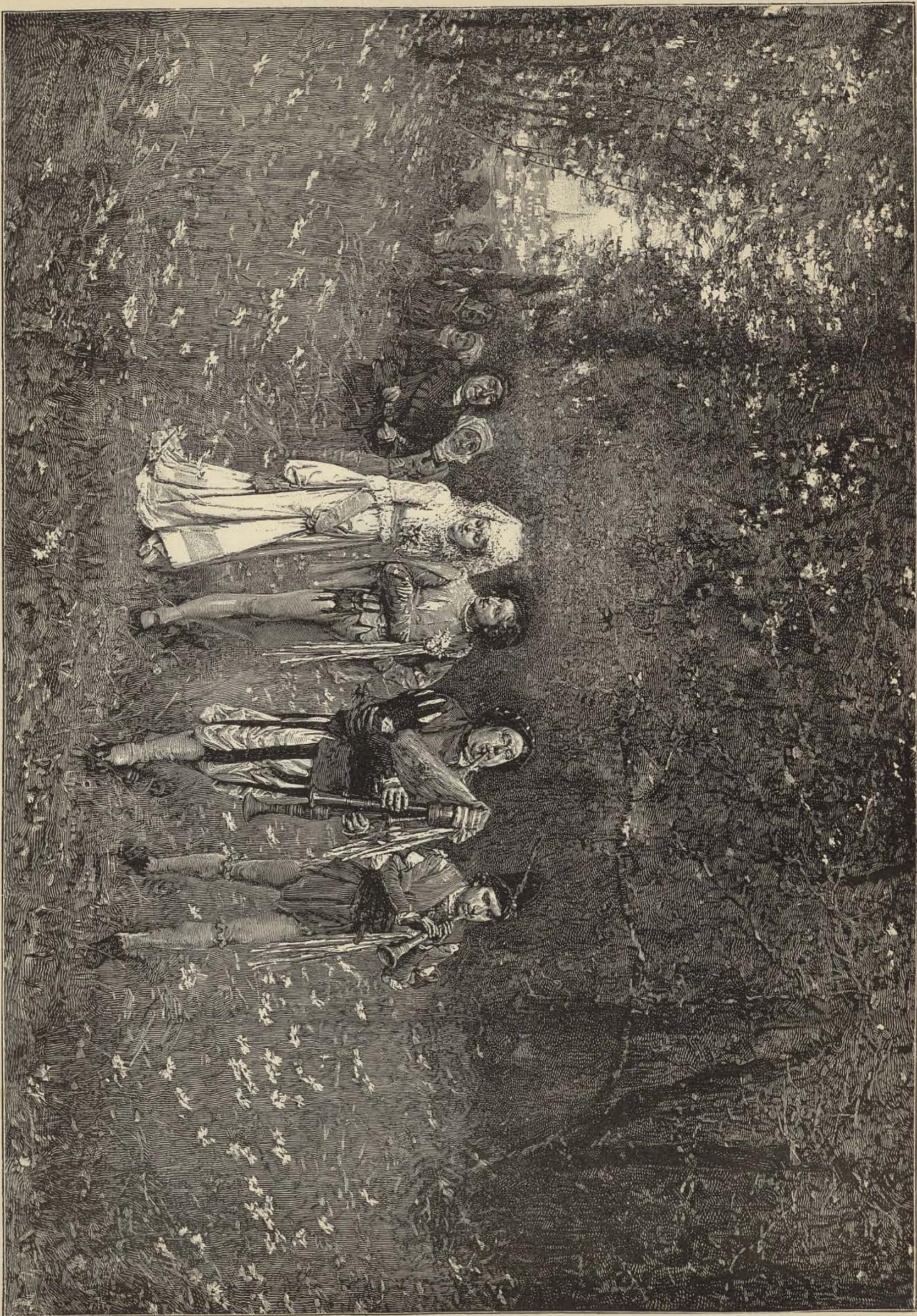
¿Es que no puede ésta nunca revestir los esplendentes hábitos del vicio? ¿es preciso siempre ser bueno para decir tonterías y necedades? ¿Solamente el vicio sabe remontarse á las esferas del genio?

¿Mas qué sacaríamos de exponer los principios de una revolución moral, si alguno pensaría que declamamos contra lo que sentimos? Sigamos adelante: hemos sentado el principio: eso nos bastaba. La moral dramática tal como hoy se concibe, si es una escuela de las costumbres, confesemos que enseña las malas y hace aborrecer las buenas. Y lo peor aun es que en la actualidad no sólo propende á ridiculizar la virtud, sino que también á depravar el buen gusto, á prostituir el arte. El tipo ideal del drama va convirtiéndose en payaso.

Como en la comedia, tiempo quedará para el arrepentimiento, piensa la juventud: mientras pueda, es preciso aprovechar la ocasión. Siempre podré volver á los brazos de la virtuosa que llora mis desdenes.... Y como el placer y el deseo de brillar son el objeto de la ambición de los jóvenes, retardan tanto como pueden la vuelta al buen sendero de la virtud, no siendo pocas las veces que se pierde para siempre el camino.

A todos esos sinsabores que se prometen á la regularidad de costumbres, á la conducta morigerada, hay que añadir otro cuyas consecuencias son funestísimas.... Se dice que la regularidad de costumbres agota las fuentes del genio. Parece que el vuelo de las artes, de las letras, de la poesía, depende de cierta efervescencia licenciosa, y se cita en apoyo los tiempos de Pericles y Aspasia, de César Augusto y de León X, épocas de corrupción é inmoralidad. Pero preguntemos si en esas épocas han sido las artes las que han formado á los genios ó si es que los genios han preparado y creado las artes.

(1) Véase el número 3 del UNIVERSO ILUSTRADO.

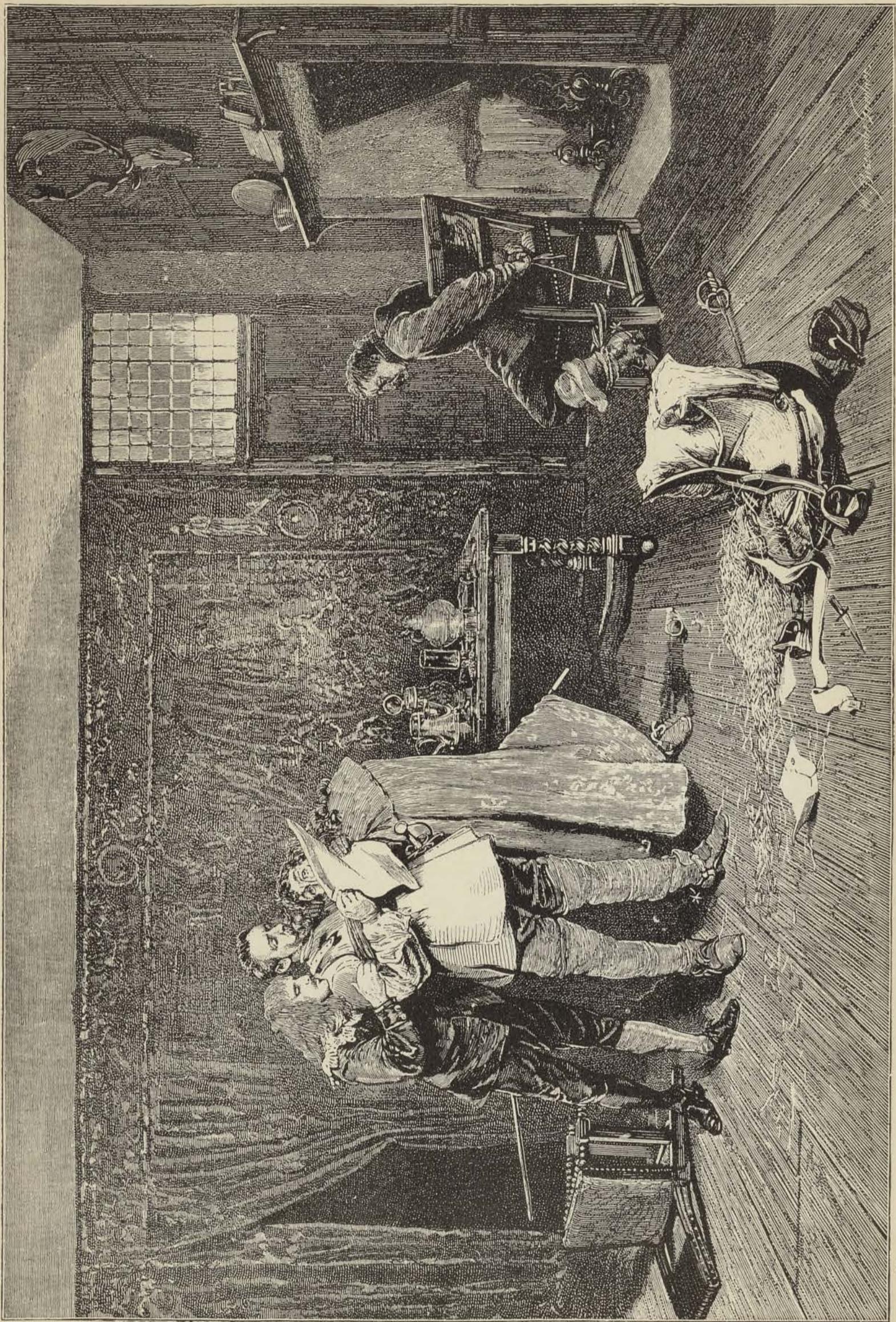


UN CASAMIENTO DE LA EDAD MEDIA, POR A. MOREU.



Tip. lit. de F. Ancelet, editor.

UNA RIÑA DE GALLOS



DESPACHOS INTERCEPTADOS, POR LÚCAS SEYMOUR.

No acertamos á comprender porque de continuo se confunden los delirios de la orgía con los arranques de la inspiración. Si tal fuese, debiera confesarse que los grandes artistas han sido los seres más inmorales de la tierra. No, no deben esas épocas su esplendor artístico é intelectual á causas tan innobles y depresivas. El libertinaje sólo puede conducir al enervador embrutecimiento de las facultades mentales. Así lo demuestran la razón y las ciencias, cuando no hubiese otras pruebas que saltan de los mismos hechos.

Dante, el ilustre cantor de Italia, el que tan elevados sentimientos concibió del amor, el que divinizó á su Beatriz en un ideal inimitable, se casó tres veces, á pesar de su ardiente y único amor, á pesar de su desesperación patriótica, y el genio no amenguó en medio de su prosaica vida matrimonial, en medio de su conducta regular y moderada.

En el seno de sus costumbres sobrias y regularísimas Miguel Angel hizo brotar de su mente las más vastas concepciones del arte.

Cervantes en los dolores de la prisión, en las amarguras de la miseria concibió el festivo, gracioso, alegre, inmortal poema que asombra al mundo. Si el genio sólo pudiera desplegarse en los desórdenes del vicio, ¿qué sería el *Don Quijote*?

Milton, ciego y anciano, pobre y olvidado, dictaba á su mujer y á sus hijas el *Paraiso perdido*, sublime inspiración que hasta después de morir el artista, no produjo estruendo en la república de las letras.

En una palabra, ¿eran también viciosos encenagados en las orgías, los grandes ingenios que han dejado una gloria inmortal? ¿Se necesita ser disipado, derrochador y calavera para ser artista? Tal vez sí, cuando el genio es el de un pigmeo, genio de convención cuyas obras pasarán como el efímero soplo de su existencia. Pero ¿qué necesidad tuvieron ni tienen los verdaderos genios de seguir viciosa conducta? ¿La siguieron así los artistas que hemos nombrado? ¿La siguieron los Tasso, los Shakspeare, los Lope de Vega, los Calderón de la Barca, los Murillo, los Tirso de Molina ó Gabriel Téllez y otros y otros? es decir, ¿la siguieron los principales genios del mundo?

¿O es que sus obras son inferiores á las de otros artistas que hayan seguido opuesta conducta?

¿Por qué, pues, si no lo son, se aducen tan falsos argumentos para condenar la virtud y defender el vicio, cabalmente por aquellos que tienen la misión contraria?

El poeta y el artista, en sí y no fuera de ellos, encuentran la inspiración, pero las inteligencias vulgares no quieren aceptar esa verdad, creyendo en la necesidad de una excitación exterior, de una vida desarreglada y tumultuosa, en un desorden que les inspire.

F. NACENTE.

Una Serenata

(HISTORIA VULGAR)



ERA una hermosa noche de verano. No recuerdo á punto fijo el día; pero sí puedo decir que era entre la deliciosa verbena de San Juan y del bendito San Pedro.

Aquella noche no tenía sueño, y aguardando la hora del alba para ir á acostarme paseaba los anchos arrabales de mi querida ciudad natal, volando mi fantasía, en medio de aquella calma y plácida quietud, por los libres é imaginarios espacios de mil mentidos sueños de color de rosa engalanados de bellas y risueñas ilusiones.

La ciudad estaba entregada al sueño por completo. Calma en el cielo, quietud en la tierra, paz en derredor. La luna bañaba con su moribunda luz las blancas casas y sus calles tiradas á cordel, anchas, desiertas, con los faroles apagados, con los portales cerrados igualmente que las ventanas y balcones, parecían á la pálida luz de la dormida luna, las de un grandioso cementerio con sus correspondientes nichos, artísticas capillas, mármóreos panteones y demás accesorios del alcázar de los muertos.

Reus era efectivamente en aquella hora un cementerio. Cada balcón ocultaba una sala, aquella sala tenía su correspondiente alcoba, en cada alcoba estaba colocado un lecho, en el lecho descansaban una ó dos personas entregadas al reposo por completo, y sin darse cuenta de sus actos. El sueño y la muerte son dos hermanas gemelas. Una ciudad de noche y entregada al descanso y un cementerio, guardan igualmente muchos puntos de semejanza.

Embebido en estas reflexiones que embargaban por completo mi mente, hirieron de pronto mis oídos los dulces acordes de una guitarra y una voz

dulce, apasionada, unida de un sentimiento expresivo y tierno en alto grado.

Era una serenata.

Reus es la patria de esclarecidos artistas, como es igualmente la tierra de las fiestas populares, de bromas carnavalescas, de idilios campestres, de pronunciamientos políticos y de serenatas de amor.

Todos los sábados por la noche, en cada calle se improvisa una serenata. No hay barrio que no cuente entre el número de sus vecinos á dos ó más aficionados á la guitarra, á la flauta ó al violín, ó algún trovador callejero que entone sus canciones amorosas al pie de la ventana de la desvelada niña enamorada.

Tanto en las calurosas noches de verano como en pleno invierno, tienen lugar sin interrupción esos conciertos al aire libre. Recuerdo que una noche que helaba de lo lindo, oí en mi calle la dulce voz de un instrumento de cuerda y un acento expresivo y franco entonando una copla catalana dedicada á una vecinita que tal vez dormía como una santa, envuelta con su manta, en tanto que el galán que la rondaba tiritaba de frío en el hueco del portal.

Pero la serenata que voy á describiros, que pone la pluma en mis manos y que ha inspirado este artículo, no tenía lugar en ningún sábado por la noche, en la vigilia de ninguna renombrada fiesta, ni en ninguna noche de invierno, sino en una velada del hermoso estío en que todo convidaba á la vida y todo alegraba el corazón.

El lugar de la escena era una travesía de la calle del Aguila, era una calle triste, desierta, compuesta de casas de pobre aspecto y era un lugar, en fin, tan escondido como separado del bullicio de la ciudad.

Los artistas eran dos jóvenes menestrales. El uno tocaba la armoniosa guitarra, el otro cantaba con el corazón puesto en los labios.

No cantaban *El hijo del trueno*, *L' anyorament* de Clavé, ni la *Teresa* de Camprodón. Entonaban canciones nacidas al calor del sentimiento al pie de aquel cerrado balcón, coplas llenas de hiel y de poesía y que encerraban la historia de un desgraciado amor.

Aquella serenata era tan triste como original, era el último canto del cisne, como diría un poeta, el último gemido del corazón, la postrera música de un alma y la postrera y bella esperanza vestida de luto y cubierta del más negro desconsuelo.

Aquella noche era una noche de invierno para dos almas, tanto para el joven que cantaba al pie del balcón como para la doncella que escuchaba la amorosa serenata.

El cantaba maldiciendo su existencia, ella lloraba, maldiciendo su estado.

¡Pobres criaturas!

Ella era una muchacha menestrala, ese tipo tan bello como característico, peculiar de mi ciudad natal, que desgraciadamente está próximo á desaparecer. Era alta, graciosa, limpia y elegante, como buena hija de Reus, y como todas mis paisanas franca, expansiva, de corazón abierto, alegre, libre é independiente.

Era hija de un albañil muy inteligente en su oficio, y tenía relaciones con un joven que trabajaba de cubero.

El día de la virgen de la Asunción, se conocieron en las deliciosas playas de Villa-Fortuny. Allí, junto al mar, bajo un cielo inundado de luz, á la sombra de los seculares pinos, altos, verdes y copudos, que son una verdadera maravilla, se encontraron los dos por vez primera, se confesaron su cariño y celebraron los esponsales de sus amores. Aquellas playas estaban invadidas por un inmenso gentío de bañistas de todos sexos y condiciones, por todos lados se descubrían airosos carritos con sus blancas velas, puestos de sandías, de melocotones y melones; pero los dos amantes se creían solos en medio de un desierto, perdidos en unas playas desconocidas y lejos del mundo, de Dios y de los hombres.

Al partir de aquel día, la joven, tan pronto como se ocultaba el sol, iba con su cántaro por agua á la fuente de Cristina, ó á la Fuente Nueva, como dice el vulgo. El galán la aguardaba en aquella plazuela, y los dos, junto á la fuente, se arrullaban como cándidas palomas.

Transcurrieron algunos meses, cuando desgraciadamente llegó una época más que calamitosa para los menestrales de Reus, quedando sin trabajo centenares de cuberos. El infeliz amante, creyó que el cielo se le había desplomado sobre la cabeza. ¿Qué resolución tomar? La horripilante figura de la miseria, del hambre y de la tristeza perseguía sin reposo á toda la clase obrera. Reus atravesaba una verdadera crisis industrial. Cada día se cerraba un taller y cada día iban en aumento las necesidades.

Los dos novios, pues eran novios del corazón, aunque sus familias no tuviesen noticia de sus amores, temblaron por su suerte. El luchó con su desgracia á brazo partido; ella puso en Dios solamente su esperanza; pero como las necesidades iban todos los

días en aumento, bajaron la frente al peso de la desgracia.

No había que forjarse ilusiones. El trabajo estaba paralizado por completo. El joven se trasladó á Barcelona, y la doncella, llorando hora tras hora la ausencia de su amante, con el luto en el alma y la pena en el corazón encerróse en su casa, como si fuera una monja que no tuviese otra compañía que la soledad.

Los dos se escribían en secreto. Él le relataba sus pesares; ella su triste desconsuelo. Tres meses después, un fabricante de carros, que acababa de establecerse en Reus, presentóse á los padres de nuestra heroína pidiéndola por esposa. Los padres dieron gustosos el sí; pero la muchacha contestó que no. En balde suplicó, llorando á lágrima viva y de rodillas. Todo fué inútil. La infeliz, aun acarició la idea de ampararse en el *disenso paterno*, aunque desconocía esa benéfica ley creada en favor de la mujer. Era imposible buscar solución á sus desgraciados amores. El hombre á quien amaba vivía en Barcelona, ganando un mísero jornal, que no bastaba á cubrir sus más imperiosas necesidades, y, por lo tanto, el secuestro no podía llevarse á cabo.

Huir con él era caer en brazos de la miseria; quedarse en Reus era buscar la muerte.

Las proclamas no fueron leídas en el púlpito de la parroquia, para que nadie se enterase de ellas, se otorgaron los capítulos matrimoniales á cencerros tapados, y una mañana, al nacer el día, tuvo lugar el casamiento, sin júbilo ni pompa en la capilla del Sacramento de la iglesia parroquial de San Francisco.

Aquel mismo día, el amante, flaco, cadavérico, envejecido y desesperado, llegó de Barcelona y en tanto que ella se agitaba inquieta por la cama nupcial, que era para ella un verdadero patíbulo, maldiciendo su juventud y su belleza, mesándose los cabellos, él la rondaba por la vez postrera al pie de su balcón, entonando las coplas que le dedicara en días mejores, recordándole sus promesas y contando sus luchas amorosas y la soledad inmensa de su pecho.

Aquella serenata, es la más típica, novelesca y original de cuantas he oído. Es una página de amor que pertenece al pueblo. Yo la recogí al resplandor de la luna. Guardadla los que amáis al pueblo como yo le amo, en el fondo de vuestros corazones.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

CONSEJOS DULCES

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ANA ALCOVERO.)

Del árbol de mis amores pocas flores restan, niña, que al soplo del desengaño yacen muertas y marchitas.

Hoy son flores sin perfume, las que han quedado con vida. ¡Hermosas flores de muerto por lo tristes y amarillas!

Es un árbol sin ramaje de los pájaros no anidan, dejando oír sus gorjeos cuando nace y muere el día.

Es el árbol triste y seco, sin sombra grata y tranquila. Es... un tronco en un desierto que al descanso no convida,

que el caminante no busca en su solitaria vía, ni saludan con sus cantos las alegres golondrinas.

Es el árbol del recuerdo de otros lisonjeros días, que la verde primavera no halaga con sus caricias.

En él, muda y olvidada yace mi empolvada lira, que ensalzó un día la gracia, la juventud, la alegría,

los amorosos afectos, las apasionadas citas, las glorias del corazón con sus fiestas y sus dichas.

Hoy busco en balde, en sus cuerdas las amantes armonías, sus vibraciones son ecos que se pierden, que se olvidan

como el plañidero canto de olvidada tortolilla sola, en el bosque llorando su orfandad y su agonía.

¿Quién atiende á sus lamentos? ¿Quién, por la pobre, suspira?

Las aves pasan volando, jugando vuelan las brisas.

Mas si llegan, mis canciones á tu corazón, Anita, los suspiros de mi alma, los acentos de mi lira, te dirán, que eres un cielo por lo bella y lo divina,

que al crearte Dios morena te hizo bella como linda.

Que como española eres todo expresión y poesía; que vale un mundo tu rostro y otro mundo, tu sonrisa.

Que eres un lirio del valle, que eres astro que fascina, que son tus palabras mieles que la abeja envidiaría.

Pero mejor que tus ojos donde el claro sol se mira, que tu tez, rosa de mayo, y tus santas alegrías

es mejor tu corazón do un dulce cariño anida, pues eres para tu padre el bello sol de la dicha.

Tú alegras sus tristes años con tu amante compañía, velas su agitado sueño, por su bien te multiplicas.

Eres amoroso báculo, do el pobre apoya su vida, el ángel que le sostiene, la virgen que le acaricia.

Nunca le niegues tu amparo ni amorosa compañía, vela por él que te adora como nadie amar podría.

Que si tu amor le faltara de fijo se moriría.

¡Y es tan triste para un viejo morir sólo! ¡sin familia!...

No lo harás. Tú eres un ángel de amor, de luz y poesía, y la misión del arcángel es prodigar bien y dichas.

Por eso adorna tu rostro con la paz gloria cumplida, y ostenta tu frente, rosas por las estrellas cogidas.

Y mañana el blanco velo de la casta prometida, pondrán sobre tu cabeza los dulces amores, niña.

En tu hermoso corazón, manzana en oro fundida, se albergarán dos amores, dos sensaciones distintas.

La una, dote del cielo, otra, en la tierra nacida, el santo amor, de la esposa, el dulce amor, de la hija.

Funde en uno esos afectos, en uno, graciosa Anita, que no hay cariños más dulces que el hogar y la familia.

Que la mujer que en la tierra siembra el bien día tras día, en los sembrados del cielo cogerá bellas espigas,

que formarán la corona de sus virtudes queridas, la diadema de la gloria que hasta los santos admiran.

Eso te dirán, hermosa, los acentos de mi lira, si en tu pecho, que es un cielo, sus débiles cuerdas vibran.

Eso te dirá el poeta que cruza errante la vida, y que al pie de tu morada detiene el paso, y te admira.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

CORAZONES DE ORO

II

Asunción.

¡Triste es morir en ataúd de flores!
(GARCÍA GUTIÉRREZ)



ABÍA transcurrido media hora.

El sol se ocultaba tras los vecinos cerros inundando el cielo de un brillante resplandor pareciendo una grandiosa é imponente aurora boreal con sus fúlgidos rayos y caprichosa corona. Prueba evidente, que si el viento parecía haber calmado, era para continuar al día siguiente con más fuerza y violencia.

Fernando que estaba de plantón en el portal del cementerio, de pronto se estremeció.

— ¡Ella! ¡ella! articuló sollozando.

Y levantando el embozo de la capa contempló con profunda pena á cuatro hombres que cargaban con un ataúd seguidos de nueve coches formando el fúnebre cortejo.

El joven colocóse tras del coche simón que había alquilado, y devorando con llorosos ojos la preciosa caja mortuoria blanca como el alba y que encerraba á la mujer de sus delirios sobre la tierra constituyendo toda su gloria y su esperanza.

El infeliz presenció como los cuatro hombres que cargaban con el ataúd, dejaron á éste en el suelo, como fueron apeándose de sus respectivas carretelas hasta unos cuarenta caballeros vestidos de riguroso luto, y entre ellos un respetable anciano que fué sacado materialmente en brazos del coche, pues el respetable señor era el venerable padre de la difunta; como el sacerdote salió á recibir el cadáver rezándole el último responso, como la campana del cementerio dobló para aquella preciosa criatura por última vez, como los cuatro hombres cargaron de nuevo con el ataúd, y seguidos del enlutado cortejo entraron por último en el cementerio

Fernando entró tras de ellos.

Parecía la sombra del dolor.

Al llegar á uno de los ángulos más apartados del cementerio, el fúnebre comitiva hizo alto.

Entonces uno de los sepultureros murmuró:

— ¡Harán el obsequio del título del nicho?

— Tome V.: dijo un caballero alargándole un papel y añadiendo: Este nicho es de mi propiedad y en él pueden enterrar esta señorita.

El sepulturero miró el número del nicho, después el nombre que había en la lápida de mármol, y devolviendo el título preguntó:

— ¿Quieren que abra el ataúd antes de darle sepultura?

— Sí, sí; suspiró el anciano, dejad que mis ojos la vean por última vez!.. ¡Pobre hija mía!...

A Fernando le dió un salto el corazón.

El sepulturero levantó la tapa de la caja y puso de manifiesto á una hermosa joven de unos veinte años que aun en la muerte interesante era, como diría Espronceda, que parecía dormida como deben dormir las vírgenes en el cielo, con la mantilla velando su cabeza, con las manos enlazadas sobre la enlutada falda y sosteniendo un pequeño crucifijo.

Era una encantadora criatura muerta al llamar á las puertas de la juventud, con el corazón rico en amor y esperanzas, pisando flores y brindándole el mundo un bello y risueño porvenir de color de rosa, hermoso como ella.

¡Pobre Asunción!...

Antes que la tierra trague para siempre sus despojos, démosla á conocer, aunque sea á grandes rasgos, á nuestros lectores.

Asunción era un dechado del cielo. Bella, amable, tierna y complaciente.

Vino al mundo como una flor, como diría Dante, y como una flor murió.

Era hija de don Leandro Garcilaso, juez de primera instancia de una de las ciudades más importantes de Aragón.

En aquella ciudad, triste, retirada y muy fría en el invierno, residió Asunción con su familia por espacio de dos años y anhelando regresar á Madrid, pues en Madrid había visto la luz primera en una hermosa mañana de mayo.

En aquella ciudad creció y amó.

El hombre que amaba con todo el amor de los veinte años, como se ama por vez primera, como no se vuelve á amar nunca, también deseaba abandonar, como ella, aquella modesta ciudad del antiguo reino de Aragón.

Llegó, por fin, este día tan deseado.

Don Leandro fué nombrado magistrado de una de las salas de la Audiencia de Madrid, lo que fué de gran alegría por toda la familia. Con el ascenso se regresaba á la corte; ¡qué mayor felicidad!...

Asunción volaba á su nido.

Su amante en busca de gloria.

Los dos continuaron amándose de lejos como las palmeras del desierto.

Solamente la doncella de la casa, que era una muchacha muy lista, y más callada que una roca, aunque parecía extraño, estaba en el secreto de esos amores.

Ella era la única confidente.

Los dos amantes se veían algunas mañanas en la iglesia de San Antonio de los Portugueses, y en esas entrevistas el uno alentaba al otro, pues la posición del amante no tenía nada de desahogada.

Sonaba con un bello porvenir. Tenía fe y no le sobraba entusiasmo.

Asunción le decía:

— Lucha y confía, que yo siempre te amaré.

Y el joven contestaba:

— Tu amor me presta alas, me sostiene y me ampara. ¡Oh! pronto, muy pronto mi nombre se hará popular en Madrid, y aquel día nuestro amor dejará de ser un secreto, pediré tu mano á tus padres, serás mi esposa y la mujer más amada y admirada de la creación.

En brazos de esas bellas esperanzas los dos amantes eran completamente felices.

La niña esperaba en Dios.

El joven, en su talento.

Pasaron dos meses.

El galán, principiaba á vislumbrar el hermoso cielo de la gloria.

Tras tanta lucha iba á renacer la calma.

Asunción batía palmas de alegría.

Mas ¡ay! la hermosa niña, al salir una noche del teatro, se sintió herida de muerte.

Se acostó con calentura y la sorprendió el día delirando.

La infeliz murió á los dos días víctima de una pulmonía fulminante, dejando en el mayor desconuelo á su familia y al hombre que por ella había dejado á sus padres y á su cielo de Aragón.

El frío del Guadarrama cortó su existencia con su helado é invisible beso.

Despertó feliz como una alondra al sonreír el día, y por la tarde la encerraron en el ataúd.

Por eso hemos dicho como García Gutiérrez, en su apasionado *Paje*, y lo repetimos de nuevo:

«Triste es morir en ataúd de flores!»

Tal era la hermosa joven que, en aquella hora melancólica de un crepúsculo de invierno, llevaban á enterrar.

Por eso el padre contemplándola por vez postrera; exclamaba anegado en llanto:

— ¡Hija de mi corazón! permita el cielo que muy pronto pueda venir á hacerte compañía!... ¡Por qué has muerto antes que yo, alegría de mis ojos!

— ¡Asunción! ¡Asunción de mi alma! exclamaba por lo bajo, Fernando, confundido entre el cortejo!

La caja se cerró de nuevo y fué colocada en el nicho tapiándole luego los albañiles de aquella sacramental.

Los parientes y amigos de la difunta se retiraron unos con profunda pena y los otros tígeramente conmovidos.

La noche cerró del todo brillando á centenares de estrellas, que parecían las almas de los que fueron asomándose en el cielo para contemplar la tierra en donde dejaron sus cuerpos y sus amores.

Fernando, como la Magdalena después del entierro de Jesús, quedaba velando el sepulcro de su corazón.

El joven, solo, triste, abandonado, lejos de los hombres, permaneció largo rato, delante de aquel nicho, en que una débil lápida de mármol, era el fuerte muro que se interponía entre él y su felicidad, llorando como un niño y ahogando con lágrimas y suspiros toda la pena que atenaceaba su alma.

Aniceto se acercó á él, y tocándole por el hombro murmuró:

— Señorito.

Un estremecimiento general recorrió todo su cuerpo y preguntó como si despertara de un profundo sueño:

— ¿Que me quieres?

— Si ha de colocar la corona, dése V. prisa, pues ya es de noche y vamos á cerrar el cementerio.

— ¿Guardarás el secreto?

— Soy un sepulcro, señorito, para algo desempeño el oficio de sepulturero.

La corona quedó colocada.

Era ésta formada de rosas y de pensamientos, pendiendo de ella un hermoso lazo de seda blanco que contenía esta bella como elocuente inscripción: *A la memoria de un ángel: María de la Asunción de Garcilaso.*

La luna asomó en el cielo, y como si quisiera ser la guardiana de aquella ofrenda de amor la envolvió con su lánguido y misterioso resplandor.

— ¡Adiós, alma del alma mía! murmuró Fernando, y como un cuerpo muerto abandonó aquel triste recinto, subió al coche y dió la vuelta á Madrid.

(Continuará).

EL CABALLO RELACIONADO CON SU CARGA

De los hechos comprobados recientemente por la Comisión de caminos nacionales de Francia, resulta que un caballo arrastra y puede arrastrar un promedio de peso igual al suyo, cuando tira de un coche particular, vacío; un peso doble del suyo en los transportes de cargas regulares, y triple del suyo con grandes cargas. Resultando, que cualquier caballo puede arrastrar sin menoscabo, una carga tres veces mayor que su propio peso. — C.

Una riña de gallos.

(Lámina 8.ª del ALBUM DEL UNIVERSO ILUSTRADO)

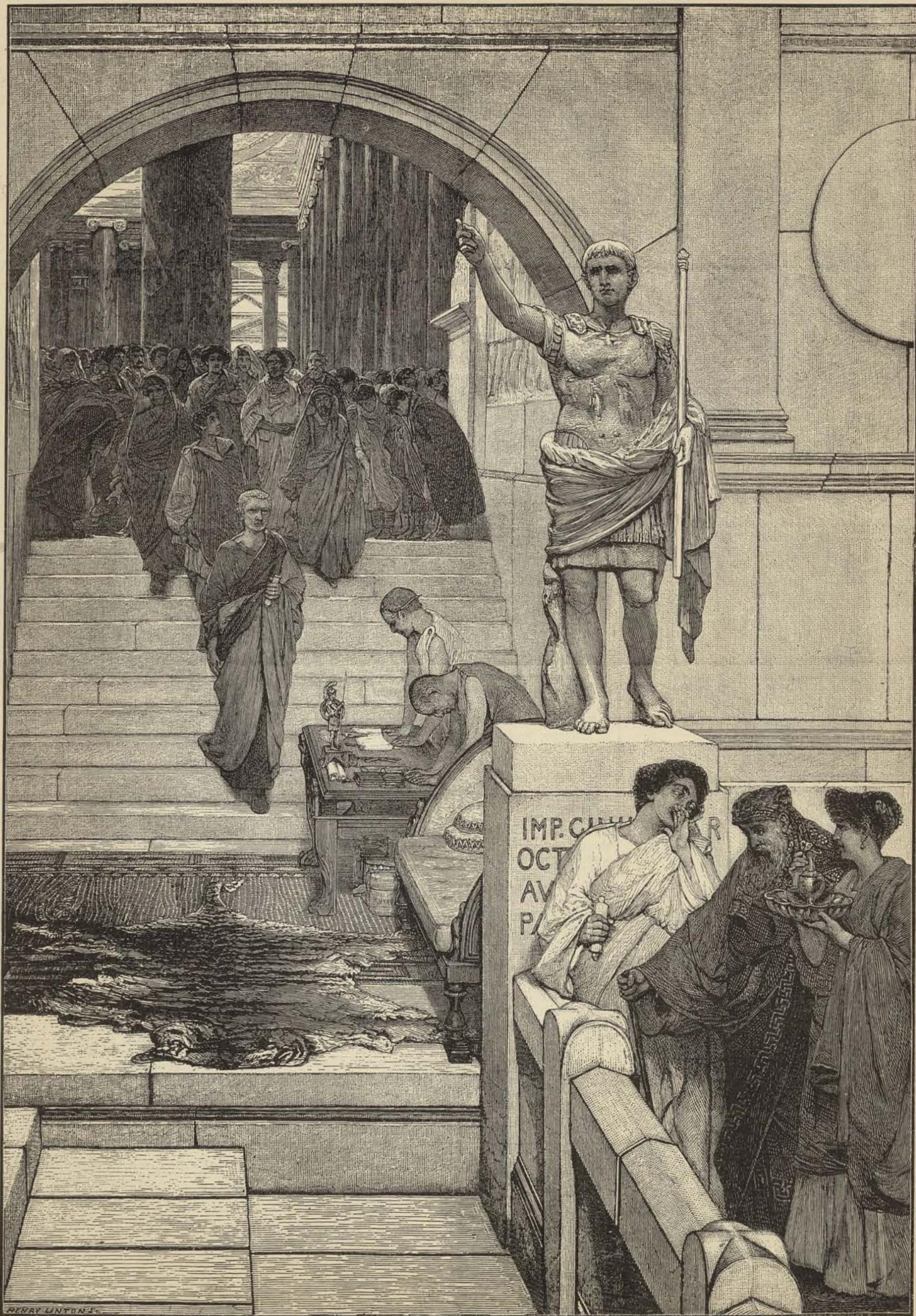
Con el presente número, damos una copia del excelente cuadro de efecto que representa una riña de gallos, diversión tan conocida por las peripecias á que da lugar, como por las apuestas variadas de los aficionados. Importada de Inglaterra, va de día en día tomando carta de naturaleza en nuestro país y América, lo cual sentimos.

EDITOR PROPIETARIO, F. NACENTE.

REDACCION, ADMINISTRACION Y DIRECCION: Calle del Bruch, 89 y 91 donde deberán dirigirse todos los avisos y pedidos de suscripciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

Establecimiento tipo-litográfico editorial de F. Nacente.



CASA DE AGRIPPA, DIA DE AUDIENCIA, POR ALMA-TADEMA.